

CREANDO UN HOGAR

por ALICE JOYCE



LIOTECA TRÉBOL

N.º 28
Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

CUTTS, Graham

BIBLIOTECA TRÉBOL

CREANDO UN HOGAR

(THE PASSIONATE ADVENTURE, 1924)
JOYA UNIVERSAL

Versión literaria de la película del mismo
título, magistralmente interpretada por

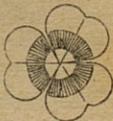
ALICE JOYCE Y CLIVE BROOKS MARJORIE DAW
VICTOR MCCLAGLEN, LILLIAN HALL-DAVIS, J. R. TOZER.
por

Lope F. Martínez de Ribera

MT. DIR.: A. HITCHCOCK - GUIÓ: MICHAEL MORTON, A. HITCH-
COCK - PROT.: MICHAEL BALCON

Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A. E.
Calle Valencia, número 233 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

ESTRENADA A MADRID EL 3-6-26

CREANDO UN HOGAR

I

El hogar no es siempre el resultado del matrimonio. En su formación entran diferentes factores... Uno principalísimo es la mujer, llamada por muchos el ángel del hogar. Esta desarrolla su actividad para formarlo, a veces, según el ambiente en que vive.

Una escena de hace tres años, en la que figuraba como protagonista Eva Kampf, cuyo dote matrimonial fue un caudal inagotable de abnegación y una humildad a toda prueba, nos da idea de lo anteriormente expuesto y prueba los esfuerzos que la mujer ha de desarrollar para que el ambiente en que vive dé cabida a los ideales acumulados en una juventud sin hosquedades ni preocupaciones.

En el caso que queremos presentar a nuestros lectores, aún la esperanza hace vivir en las almas una ilusión. El matrimonio Kampf animado por esta ilusión que creen realizable en próximo plazo, soportan su no muy halagüeña situación y viven felices con sus dos hijitos, Elena y Enrique.

Lester Kampp, esposo de Eva, temperamento abúlico, enfermizo y falto de energías para la gran batalla de la vida, era un pobre hombre, incapaz de una propia iniciativa. Sujeto a débiles resoluciones, su temperamento de inadaptado le hacía inhábil para la gran lucha del siglo y del país en el que había nacido y en el que los hombres, las empresas y las ideas a caballo del progreso marchaba a inusitada velocidad, fantástica para su escasa comprensión y su ingénita debilidad mental. Era un pobre hombre, pero era un hombre bueno, enamorado de su esposa, a la que adoraba, y de sus hijos, por los que sentía verdadera idolatría.

A mil doscientos dólares ascendía la cantidad ganada por Lester durante el año, descontando de ella la prima pagada sobre su seguro de vida. Constantemente se reprochaba su ineptitud por el tan poco premio como obtenían sus energías.

La mañana en que le presentamos estaba más contento que de ordinario, pues al salir de los Almacenes en donde trabajaba había llegado a sus oídos la conversación que sobre su futuro porvenir sostenían dos de sus compañeros.

— Si se sigue la tradición de la casa — decía uno de ellos, — pronto será nuestro jefe Lester Kampp.

— Efectivamente — contestó el otro. — Es el empleado más antiguo.

Lester esperaba su ascenso a la llegada del nuevo Director, ascenso que traería como consecuencia una criada para Eva, una casa mayor para los niños y el término de los malos ratos al final del mes, que en la actualidad eran de difícil solución.

Con esta esperanza se dirigía Lester a su morada.

Eva, su esposa, notó la extraña alegría de su esposo, y al conocer las causas, un gesto de descanso se anunció en su cara y una alegría nueva brilló en sus ojos cansados de los tristes cuadros y de las negras perspectivas.

Ya sólo faltaba que el nuevo Director llegase a tomar posesión de su cargo para ver realizado su sueño y... ¡aquello estaba tan cerca que bien podían recrearse en el futuro triunfo de su aspiración!

¡Qué duro es el destino, y cómo trunca los ideales más puros y más hacederos!

Spencer Willing, hijo, propietario de los grandes Almacenes Willing y Compañía, un discípulo de la eficacia, acababa de llegar de Nueva York para posesionarse del cargo de Director.

Era este joven muchacho activo, seco, y tan seguro de sí mismo, que hablase hecho, para disfrazar su buen corazón, una máscara de altanero orgullo que despistaba a todos aquellos que le trataban.

Llevaba el encargo, de su padre, de hacer cuantas reformas le pareciesen oportunas y

de reorganizar los servicios y las dependencias.

Su primer cuidado fué inspeccionar el personal y tomar nota de sus aptitudes. Todos ellos temblaron ante la dureza de aquel gesto de verdadero luchador, y mucho más que ninguno Lester, el cual se preguntaba sin cesar :

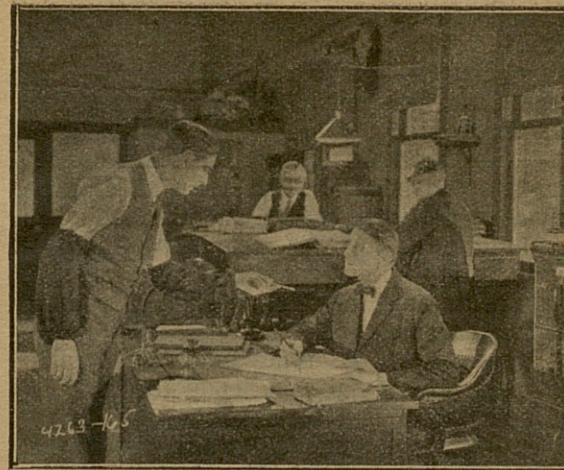
— ¿Estará contento conmigo el señor Willing?...

La incógnita estaba oculta en el fondo de sus miradas, que impertérritas no contestaban nunca a las insistencias de Lester.

Cuando la escuela abre sus puertas y salen de ella los niños como una bandada de gorriones que acaban de lograr la libertad que les faltaba entre los hierros de la jaula, algunos corren a sus casas ; otros no. Elena y Enrique siguen siempre el camino más largo...
¡Cuestión de apreciaciones!

Cogidos de la mano, saltando alegres bajo la suave caricia del sol ; entreteniéndose aquí ; saltando allá ; juguetando siempre y siempre unidos los dos hermanos, ajenos a todas las preocupaciones de sus padres, parecían dos pajarillos nuevos picoteando entre las flores del prado.

Nunca falta un buen amigo con quien compartir las horas agradables y no les faltó en esta ocasión a Elena y a Enrique compañía



Señor Lester: su lápiz

en la desarapada y avispafigurilla de uno de los golfillos de su barrio, que en compañía de su perra vino a hacer las delicias de la reunión.

Cansados los amigos del ajetreo del camino y habiendo hecho alto en un repecho, llegaron las horas de la confidencia, en uno de cuyos momentos el sincero golfillo declaró a sus amigos la tristeza que le embargaba el ánimo por tener que abandonar a la intemperie su canina compañera.

— Lo siento — decía con gesto de dolor, —

pero mi madre no me deja tener un perro en casa.

— ¡Claro! — comentó Enriquín. — Lo comprendo, sois demasiados para que llegue una boca más.

— Si quieres, y puesto que tú eres rico, quédate con mi perra, que si en mi casa no come, en la tuya no la faltarán buenas tajadas.

Agradecieron los dos hermanos el importante regalo y en su casa se presentaron, después de besar al generoso, con la perrilla de las monerías y las cabriolas.

Esperábales a los niños una desagradable sorpresa, pues estaba haciendo compañía a su mamá la señorita Anderson, por ambos odiada y temida, que se mostraba con los niños como parienta de Herodes.

Lester Kampp tenía aquella mañana muy malos presentimientos : le parecía que una desgracia muy grande le amenazaba y estaba triste, ¡muy triste!

Vino a distraerle de sus meditaciones un empleado de la casa, el cual le dijo :

— El señor Willing desea verle inmediatamente.

Penetró Kampp en el despacho de su nuevo Director, el cual le recibió cortés, pero fríamente.

— El ascenso por antigüedad — le dijo

de buenas a primeras — ha sido siempre la norma de esta casa, pero esa costumbre, a mi modo de ver, es perniciosa y aleja a los empleados de excederse en sus obligaciones.

A Lester un color se le iba y otro se le venía. Estaba aterrado.

— Desde ahora en adelante — continuó el Director, — sólo los méritos regirán para los ascensos, y ateniéndome a ello, Bronson es el elegido para la plaza vacante de jefe de oficina.

— Estoy a sus órdenes — suspiró, mejor que dijo, Lester.

— Está bien. Haga el favor de decir al señor Bronson que deseo verle.

Salió del despacho aturrido por aquel golpe inesperado que echaba por tierra sus más caros ideales. Llegó a la mesa donde su fiel amigo Bronson trabajaba infatigablemente y le repitió la orden que le dieran :

— El señor Willing desea hablar con usted.

No muy lejos de allí y a la misma hora, la señora de Bronson y Eva se abrazaban al encontrarse en el mismo paseo.

— ¿Quieres acompañarme a dar una vuelta en auto, querida Eva?

— Imposible, Matilde. El trabajo de la casa está a medio hacer, y tengo que cortar el vestido nuevo de mi hija Elena.

— Eres una ama de casa modelo... ¿Y tu marido cuándo asciende?

— Seguramente no tardará muchos días...

Sólo espera que el nuevo Director regrese de Nueva York.

Qué ajena estaban las dos amigas a lo que pasaba en la oficina y de lo que sus respectivos maridos eran actores. En aquel momento salía Bronson, radiante, del despacho del Director y se acercaba a Lester para decirle :

— El señor Willing acaba de nombrarme jefe de la oficina.

— Ya lo sabía. Que sea enhorabuena.

Comprendió Bronson lo que ocurría en el espíritu de su compañero ; estrechó su mano y, compasivo, salió.

Aplanado, sin fuerzas para dar a su buena esposa la desagradable noticia, quedó el bueno de Lester.

— Y ahora... ¿Qué hacer, Dios mío?

En su casa se encontró a su mujercita atareada. Eva, a más de atender a su casa, trabajaba de modista, aportando a su hogar el sacrificio de unas horas.

Lester se encerró en su despacho, desesperado.

— Vale más que yo. ¡Más que yo!...

Le avergonzaba aquella actividad de su esposa ; aquella energía de la que él estaba faltó y por lo cual perdía aquel puesto para el que su Jefe le había conceptuado inepto.

Eva, en cambio, como aún no había perdido las esperanzas y nada sabía de lo ocurrido en los Almacenes, se distraía viendo jugar a



...especialmente para Eva, que veía sus ideas por tierra y su alma rota por la desilusión

sus hijos con su vecino Esteve, cuya madre, dirigiéndose a Eva, le decía :

— Ayer vi a sus hijos, Enrique y Elena. Van tan limpios que dan ganas de ponerse a jugar con ellos... ¿Dónde están?

— Aquí están, jugando con su hijo Esteve ; mírelos usted, escondidos en el jardín. ¿Y sus niños mayores?

— Por ahí andan, esperando que su padre venga de la oficina.

Los niños de Eva y Esteve, su vecino, es-

taban escondidos con sus respectivos osos escuchando a sus madres.

El espíritu apocado de Lester lo sumía en una perplejidad indescifrable... ¿Cómo diría a su mujer la mala noticia del ascenso?

Cuando estaba en estas cavilaciones llegó a la casa el doctor Morrit, amigo y médico del matrimonio Kampp.

— Eva... El doctor Morrit está aquí — dijo al verle Lester.

Bajó Eva a saludar al doctor, el cual preguntó con interés por los dos niños.

— ¿Qué tal? ¿Cómo siguen?

— Bien — contestó Eva. — Elenita muy guapa y muy traviesa. Enrique un poco páliducho y desganado.

— No me explico el organismo débil de ese chico ni su apocamiento.

— No sé lo que será, doctor; pero el caso es que me tiene preocupada.

— Probablemente es herencia de su padre... ¡Si pudiéramos injertarle la actividad de su madre!

— ¿Quiere usted quedarse a comer, doctor? — interrumpió Lester.

— No, no; me voy. No he venido más que a hacerles una visita de médico, pues tengo mucha prisa. De modo que hasta otro día.

La comida de aquel día fué fría, silenciosa, llena de zozobra... Estaban a punto de terminar y todavía la esposa no hizo la pregunta de todos los días... La pregunta que encerraba para ella una ilusión continua.

Por fin Eva no pudo contenerse más, y la pregunta, cual si fuese una plegaria triste, brotó por fin.

— ¿Ha vuelto Willing de Nueva York?

Sin levantar los ojos y como si le hubiesen dado un mazazo en la sien contestó Lester:

— Ha vuelto, pero el ascenso ha sido dado a Bronson.

La pobre Eva quedó aniquilada. Sus energías cayeron rotas por las pocas palabras del marido, y las ráfagas de sus ilusiones volaron ahuyentadas por la fatídica contestación.

No dijo nada. Se levantó de la mesa y comenzó a recoger el servicio.

— ¿Pero, no quieres postre?

— No; no quiero postres... Voy a fregar los platos.

Llegó a la cocina. No podía más. Los sollozos se escapaban de su pecho. ¿Resistiría su cuerpo la titánica lucha que se abría ante ella como un abismo?

En el comedor se oían también comprimidos sollozos. Lester, sobre la mesa, dejaba estallar todas sus energías por los ojos. Lloraba su debilidad y la abulia que le anulaba como hombre. Hasta su superstición fué revivida con la mancha que le pregonaba su desgracia.

Fué un día triste para todos, especialmente para Eva, que veía sus ideales por tierra y su alma rota por la desilusión.

II

Eva pertenecía a una institución de ropa para niños pobres, donde solía ir de tarde en tarde.

Aquella mañana salió para dicha institución, acompañada de su esposo que se dirigía a los almacenes en donde trabajaba.

Lester encontró sobre la mesa de su despacho una carta que rezaba en su sobre :

« Régimen interior de la casa. De Spencer Willing a Lester Kampp. », en la que su superior le comunicaba su última determinación.

Decía así :

« A partir del próximo día 1.º de abril prescindimos de sus servicios en estos almacenes... »

Quedó Lester anonadado. Aquel golpe inesperado le aturdía hasta el extremo de que por su mente pasasen todas las malas ideas. Lo peor del caso era que reconocía su nulidad, su poca experiencia en el negocio, a pesar de la práctica de los años y veía la razón del por qué de su cese.

Eva, al llegar a la institución, se encontró sorprendida por un cariñoso recibimiento.

Se estaba celebrando la elección de cargos,



Me quedaré aquí, pero no enjabonarán a mi oso

y apenas llegada al salón donde el acto se verificaba, el juez de la elección, después de haber hecho el recuento de los votos, dijo a la concurrencia :

— Por unanimidad, ha sido elegida presidenta de nuestra institución la señora Kampp.

— Yo no puedo aceptar ese cargo... Tengo bastante con mis hijos y mi casa.

Nadie hizo caso de su disculpa y todos la obligaron a aceptar la designación y la dieron mil parabienes.

Llegó a su casa, alegre porque veía la confianza que en ella tenían sus vecinos, y

aunque la desilusión continuaba presa a su espíritu por el relego en que había caído su marido, mujer al fin, se sentía halagada por el resultado de su virtud.

¡Qué poco esperaba encontrarse en su casa con la triste nueva que la ponía desamparada en las garras crueles del destino!

Fué una escena terrible en la que el miedo por el porvenir de sus hijos se unía al fantasma de la miseria, que de faltarles aquel sueldo se cernía terrible sobre aquella casita que ahora tendría que abandonar y fué un día nido de sus amores y de sus ideales.

El estado de ineficacia que envolvía a Lester, abotargaba sus sentidos, convirtiéndole en un autómata sin voluntad.

Rodeado de sus hijos pasaba las horas, sin que al parecer la vida de los otros fuese para él algo digno de tener en cuenta. Miraba a su esposa medio alejado; comprendía su dolor y la compadecía a pesar de que las densas tinieblas de su espíritu le envoivian anulándole material y cerebralmente.

A las once y media del día 31 de marzo Eva separaba sus cuentas para que el cheque entregado por Lester, último que iría a sus manos, alcanzara a los gastos del mes, y se preguntaba con febril insistencia :

— ¿Y después? ¿Qué haremos después?



Hasta su superstición fué revivida con la mancha que le pregonaba su desgracia

Fijaba en su marido su mirada y la atorrraba su inmovilidad y la resolución que veía brillar en sus ojos.

Repasaba éste, febril, su seguro de vida, sin darse cuenta de que era observado por Eva, la cual, por detrás, fijaba sus ojos en la cláusula que los de su marido repasaban inistentes y leía aterrorizada :

SUICIDIO. — Si el asegurado antes de cumplir cinco años, a contar desde la fecha de esta póliza, se suicida, esté loco o sano, esta

Compañía no responderá más que de una cantidad igual a la pagada en primas.

— Imposible este medio — oyó exclamar a su marido.

Y fué entonces cuando comprendió la terrible idea que albergaba aquella frente vencida por la abulia y el dolor de su destino.

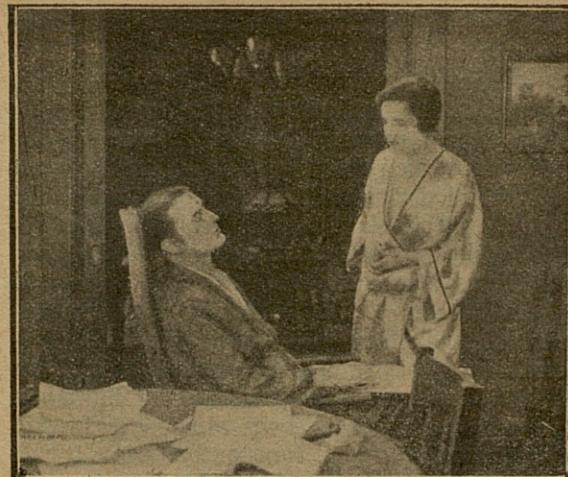
— ¡Lester! ¡Esposo mío! ¿Qué ideas bullen en tu imaginación? ¿Es que tan poco somos para ti los niños y yo? ¿Tan grandes son tu vergüenza y desaliento, que tratas de dejarnos abandonados ante la adversidad?

Y lloraba ; lloraba con toda su alma dolida en los ojos que un día no lejano reían ilusionados y hoy ante sus percepciones no encontraban más que penas y temor.

Tenía razón : Lester era bueno, era sensato y discurría normalmente ; comprendía también las pocas dotes que en su espíritu se alzaban para vapulear al destino y su imaginación abarcó en un momento toda la plenitud de su desgracia, y sólo un recurso encontró : matarse.

Sólo cuando vió las lágrimas de su esposa comprendió que no tenía derecho a causar la desgracia de los suyos.

Eva Kampp estaba decidida : buscaría trabajo y defendería su hogar contra las asechanzas del destino, y a la mañana siguiente



¡Lester! ¡Esposo mío! ¿Qué ideas bullen en tu imaginación?

a la anterior escena se dirigió a los Almacenes Willing, decidida a dirigirse al Director en demanda de trabajo.

Fué recibida por Spencer Willing, el cual no figurándose a lo que venía y sabiéndola presidenta de la Asociación de Caridad, creyó que vendría a solicitar su óbolo de millonario para sus pobres, y como a tal la recibió. Adelantándose a lo que él creía su petición puso en sus manos un cheque contra el Banco Nacional de Benville, de 150 dólares, para caridad.

Comprendió Eva su error, y ruborizada le dijo :

— Gracias, señor, por su caridad. Yo sólo vengo a buscar trabajo. Han despedido de esta casa a mi marido y no quiero que mis hijos se vean precisados a solicitar de la generosidad de los millonarios una caridad que me avergonzaría teniendo energías para defenderles de ese fantasma que ustedes hicieron batir sus alas sobre mi hogar.

La decisión de Eva, su juventud sin ilusiones, su belleza y la tristeza que se adivinaba en sus palabras conmovieron el alma buena de Spencer Willing, el cual llamando a uno de los jefes de sus almacenes le dijo sin preámbulos y en tono autoritario :

— Quiero que la señora Kampp sea colocada en su departamento.

— Señor — contestó el empleado, — si os parece bien, desde mañana puede venir a ocupar su nuevo cargo.

— ¿Os parece bien, señora?

— No sólo me lo parece, sino que os estaré agradecida mientras viva. Gracias, señor Willing, muchas gracias.

En los Almacenes Willing la presencia de aquella mujercita había causado expectación.

— ¿Quién es la nueva empleada? — se preguntaba todos, mientras los enterados respondían con gesto admirativo :

— Eva Kampp, una mujer verdaderamente extraordinaria.

A Eva parecía quererla perseguir el destino. Un día, al llegar a su hogar se encontró a todos sus hijos llorando alrededor del lecho de Lester, que habiendo tenido un ataque de parálisis, había sido llevado por algunos vecinos, inmóvil y sin sentido, a su casa.

Avisado el doctor Morrit, amigo de la casa, después de haberle reconocido dijo dirigiéndose a Eva :

— No te espantes, querida ; pero existe una gravedad. Las piernas están completamente paralizadas. Nunca volverá a usarlas. Esta desgracia — continuó el doctor, dirigiéndose a una amiga de Eva — es providencial : su esposa creará el hogar que él no supo formar.

El destino mandó en esta ocasión, como en otras muchas. La mujer, unida a la madre, triunfó gallardamente, con toda la arrogancia de los espíritus fuertes. Pero ¡cuántas lágrimas y cuántos dolores lloraron sus ojos a la vista de su pobre marido, inútil en el mejor momento de su vida!

¡Era tan triste verle pasearse por las habitaciones con su silla de ruedas, y había tanto dolor en el fondo de sus pupilas, que Eva tenía miedo hasta de mirarle!

Mientras ella se iba al trabajo él se encargaba de la cocina. Ella le decía lo que tenía que hacer :

— Tienes que poner dos huevos. Aquí está la fórmula.

El se quedaba con sus hijos, que apenas el sol apuntaba, iban a darle un beso. ¡Cómo agradecía aquellas caricias el enfermo y con cuánta alegría escuchaba la diaria fórmula!

— Buenos días, papá... ¿Quieres contarnos un cuento?

El, deseando verlos junto a sí, les contestaba :

— ¿Dónde quedamos anoche?

Cuando los niños se lo habían dicho continuaba :

— Cristián bajó al Valle de la Muerte, y allí se encontró al dragón que le esperaba con las fauces abiertas dispuesto a partirle de una dentellada ; pero Cristián pronto sacó su espada y el dragón cayó muerto revolcándose en un río de sangre.

— ¡Jesús, María y José! — dijeron los niños espantados. — ¿Y qué pasó después?

— Cristián, vencedor, pasó el Valle de la Muerte, y miles de trompetas sonaron en su honor... Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Entretanto en los Almacenes Willing, el Director mandaba llamar a Eva, diciendo a su secretaria :

— Diga usted a la señora Kampp que venga a mi despacho.

III

Aquel mismo día y cuando apenas hacía unos momentos que los niños se habían levantado, una señora, alta, seca y desgarbada se presentaba a la puerta de la casa del matrimonio Kampp. Salió a recibirla Elenita, la cual exclamó al verla :

— ¡Tía Matilde!

— He venido tan pronto como me enteré de la desgracia... ¿Cómo está tu padre?

— Excepto sus piernas, que no las puede mover, muy bien. El está ahora en casa y nosotros le ayudamos a cocinar.

La tía Matilde se fijaba en todo, y apenas penetró en la casa se dió cuenta de ciertos papeles que decoraban el suelo del recibidor.

— ¿Para qué son esos papeles? — preguntó apenas había terminado de abrazar a Lester, que al oír sus voces había salido a recibirla con su sillón de ruedas.

— Para que Eva no se entere de lo que hay debajo. Tiene declarada la guerra a las manchas.

— ¿Es que no está en casa Eva? — preguntó, extrañada, la tía.

Bajó Lester la cabeza avergonzado, mientras contestaba la niña :

— Como papá, ahora, no puede ir al almacén, va mamá por él.

En aquel instante Esteve y Enriquín entraron en el salón como una tromba jugando con una pelota, que al ser lanzada por Esteve fué a dar en el rostro acartonado de la tía de Enriquín, que recibió de muy mala manera la tal caricia y se desbordó en palabras que caían en los oídos de los chiquillos, avergonzados, como un anatema.

— Tenga usted en cuenta, tía — dijo Lester, — que es un niño y le falta discernimiento.

— Dime, Enriquín — interrumpió la tía dirigiéndose al más joven de los dos niños. — ¿Verdad que tú no eres tan malo como Esteve y que estás muy contento porque ha venido la tía?

— Esteve y yo — respondió Enriquín — somos muy buenos amigos, y estaremos muy bien en cuanto usted se marche.

No quiso oír más la tía y se largó a las habitaciones que le estaban designadas, con el ánimo decidido de no estar entre aquella pequeña tropa, cuya educación la crispaba los nervios.

A las dos de la tarde llegó Eva a su casa y encontró a su marido — como siempre — jugando con los niños.

Les abrazó a todos y le dijo a Lester que la miraba con dulce sonrisa :

— Quiero darte una buena noticia... Tres mil dólares al año y comisión...



...Lloraba sobre él toda su juventud perdida

— ¿Qué quieres decir, querida?

— Mira : esta mañana me ha llamado el Director a su despacho y me ha dicho :

— « Estoy satisfecho de sus servicios. Las ventas en su departamento han aumentado considerablemente. Todas sus indicaciones han dado buen resultado, cosa que tendremos presente para recompensarle en lo que merece. Por de pronto, desde este mes, tendrá usted tres mil dólares de sueldo anuales y la comisión correspondiente... ». ¿Pero no te alegras?

— Sí, mujer, mucho... mucho me alegro.

Ni aun la humillación hizo el milagro de despertar el dormido espíritu de Lester.

Salió Eva del salón para ir a saludar a su tía, descorazonada por aquella apatía que convertía a su marido en una esfinge incapaz de responder con un gesto de agrado a los mayores sacrificios.

— ¿Qué tienes, papá? — le preguntó su hijito subiéndose a sus rodillas.

— Nada, hijito... Papá está muy contento.

— ¿Te haría daño si me sentara sobre tus rodillas?

— No, hijito, ¿por qué?

Muy pronto se quedó dormido el niño sobre el cariñoso regazo de su padre, mientras éste, con su frente tocando la de su hijo, lloraba sobre él toda su juventud perdida y su alma rota.

IV

Pronto el hogar de Eva adquirió esa alegría tan *amiga* de la abundancia.

— Estoy contentísima de mi colocación — decía Eva a su marido.

— Tu colocación es una bendición de Dios. ¡Eres muy buena, Eva! Envidio tus energías... Ni aun estando bien sería capaz de hacer lo que tú haces...

Eva fué a dar un vistazo al cuarto de sus hijos. Arregló sus cunitas y despidióse de su marido.



¿La castigaría el destino por su orgullo?...

— Los niños duermen ya — le dijo. — No tardes mucho. Hasta mañana.

Ya en su cuarto, repasando su vida, Eva pudo sentirse orgullosa, envanecida... Su hogar, la ilusión de los juveniles años, estaba realizada, y era ella — ¡Ella! — la que había obrado el milagro.

¿La castigaría el destino por su orgullo? Su esposo dormía. Pero, ¿sería un sueño? Las piernas de Lester se habían movido. ¿Qué misterioso enigma encerraría la perspectiva de una curación? ¿Se convertiría en ruinas el hogar que ella creó?

A día siguiente escribió al doctor Morrit, su buen amigo, la siguiente carta :

« Estimado doctor Morrit :

Es necesario que venga usted a ver a Lester el domingo. Ha movido una pierna mientras dormía. Estoy segura de que él no lo sabe, pero yo lo he visto.

Suya afectísima. EVA KAMPP ».

Lester se encontraba mejor cada día.

Sus piernas sintiéronse fuertes, contra su creencia. Fué el único momento de voluntad de su vida. Los hijos hicieron el milagro. Su impulso fué llenar la casa con un prolongado grito : ¡Curado! ¡Curado!... Pero el milagro duró poco. Un laberinto de problemas crueles le anonadaron, dejándolo en su estado normal.

El próximo domingo el doctor Morrit se presentó en casa de Lester, y el primero con quien tropezó fué con Enrique que estaba jugando en la escalera, y que al verle se le abrazó y le dijo :

— ¿A qué vienes aquí?

— He venido — le contestó Morrit — a ver si curo a tu papá para que pueda andar.

— Y si puede andar ¿se quedará en casa con nosotros?

— No : tendrá que ir a trabajar. Pero quedará en casa tu mamá, que es el sitio que le pertenece.

Fué a ver a su amigo Lester ; le reconoció, y al ver la intensa mejoría experimentada exclamó :

— ¡Esto es un milagro! ¡Ya tenemos hombre!

— ¿Crees que es un milagro?

— Un milagro, junto con mi ciencia.

— Voy a pedir un favor al amigo. ¿Me lo harás?

— Habla. Si está en mi mano tenle por seguro.

— Es preciso que ni Eva ni los niños sepan mi curación.

— ¡Pero, por Dios! Es el caso más absurdo que he visto. Un hombre que se condena a pasar la vida en un sillón de ruedas. ¿Dónde se ha visto eso? ¿Qué es lo que anima esa decisión?

— No tengo derecho a destruir lo que no supe crear.

Elena y Enriquín irrumpieron en la habitación de su padre, y encarándose la primera con Lester le susurró con mimo al oído :

— Papá, yo no quiero que tú vayas a la oficina.

— ¡Ya lo ve usted, amigo Morrit! ¿No debo hacer lo que hago? — dijo Lester señalándole a sus hijos.

— Papá me ha dicho que estaré siempre en casa, doctor, y si le curas se tendrá que marchar. No le cures. ¿Qué vamos a hacer nosotros solos en esta casa?

— Cuento, doctor, con su silencio.
— Cuente con él. Comprendo su situación, querido amigo. Por mí no lo sabrá nadie; pero es demasiado sacrificio.
— Silencio, doctor, que viene Eva.
— ¿Qué tal, doctor? ¿Cómo le encuentra? — preguntó Eva al llegar. — A mí me parece que está mejor.
— No hay médico que le cure, hija mía. Es inútil cuanto se haga.

Y aquel hombre, cuya debilidad había estado a punto de ser la desgracia de sus hijos, tuvo la suficiente grandeza de alma para castigarse a sí propio, sacrificando su juventud y su vida entera por aquellos a quienes quería más que a su misma vida.

¿Qué importaba su sacrificio si sus hijos vivían felices y su pobre mujercita se consideraba dichosa?

Muchas lágrimas le costó. Pero ¿qué vale una lágrima comparada con el bienestar de aquellos seres que eran su única alegría?

¿Conocerían algún día su sacrificio? ¿Cómo le pagaría el cielo aquella grandeza de alma con que renunciaba a todo lo que su juventud le ofrecía?

.....
Caía la tarde sobre las ventanas, el rojo del crepúsculo trenzaba sus sangrientos plafones.



*Pero el milagro duró poco. Un laberinto de problemas
cruellos le anonadaron*

Lester, rodeado de sus hijos Enrique y Elena, viendo en la agonía sangrienta de la tarde morir el sol, comenzaba el eterno cuento, mientras que sus hijos pensaban :

- ¡Qué bueno es papá!
- ¡Pues, señor! Este era un rey...



BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMÁ DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette

SOMBRAZ DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.

LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.

DESOLACIÓN por George O'Brien.

SUBLIME BELLEZA, por Andrey Münzon.

CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.

EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.

EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.

ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.

NINICHE, por Ossi Oswalda.

LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.

CARNE DE MAR, por George O'Brien.

ANA MARÍA, por Henny Porten.

PRECIO DE CADA TOMO : **60** CÉNTIMOS